

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: JUAN 1,6-8.19-28



Domingo tercero de Adviento

*“¡Oh, válgame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecían imposibles y cuán fácil ha sido a su Majestad allanarlas! ¡Y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy!”
(Fundaciones 13,7).*

Juan venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. ¿De qué, o de quién, habla nuestra vida? ¿Quién nos da el sentido? A Juan la llamada le viene de Dios, por eso puede colocarse como un signo de Dios en medio de las gentes. Dios es la fuente de toda santidad, pero nosotros podemos ser cauce de gracia, humilde reflejo de su luz. ¡Qué dignidad tan grande la de ser signo de Dios! ¡Vivir el silencio como signo de su Palabra! ¡Vivir la comunión como signo de su amor! ¡Vivir la solidaridad como signo de su entrega total y gratuita! Para que todos lleguen a la fe y conozcan la

grandeza de Dios. La oración nos enseña a ser signo de Dios. De tanto mirarle, reflejamos su mirada. De tanto escucharle, somos testigos de su voz. *Gracias, Señor, por llamarme a ser testigo de tu amor en la vida de cada día.*

¿Tú quién eres? Él confesó sin reservas: ‘Yo no soy el Mesías’. ¿Quiénes somos de verdad? ¿Lo que dicen los demás? ¿Lo que pensamos nosotros? El propio conocimiento es la base de la oración. Juan habla el lenguaje de la verdad. Tenía fama suficiente para decir lo que no era, pero no lo hace. El Espíritu Santo nos acerca a la verdad de nosotros mismos, se asoma en los gestos sencillos y en las palabras de verdad. Las pretensiones de grandeza son mentira, la injusticia es mentira, la indiferencia es mentira, quitar el pan nuestro de la mesa para hacerlo mío es mentira, decir yo escondiendo el tú de los demás es mentira. La alegría nace de la verdad. *Espíritu Santo, enséñame a amar la verdad. Instrúyeme para que no pretenda grandezas que superan mi capacidad. Trabaja Tú mi vida.*

Yo soy la voz que grita en el desierto: ‘Allanad el camino del Señor’. Ser una voz de la Palabra, diciendo solo lo que Ella dice. Ser voz de los que no tienen voz. Ser voz de profecía que abra caminos de esperanza en los desiertos. Ser voz del corazón enamorado. Ser voz que denuncie los caminos torcidos que dejan sin sitio a los más pobres. Ser voz común y, en esa voz, que se asome la alegría del Señor que viene. ¿Hay vocación más bella para el ser humano? *Si quieres que sea tu voz, Señor, dame tu Palabra, hazme oír el rumor del Espíritu.*

En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo. Somos soledad, pero soledad acompañada. Somos interioridad, pero interioridad habitada. Somos una pequeñez, pero una pequeñez besada por el Dios de la ternura. Somos tarea, pero una tarea que nace del don. No somos el centro, en medio de nosotros está el Señor. ¿Creemos esto? Cuando confesamos su presencia en medio de nosotros, nos convertimos en precursores de su alegría. *Si Tú, Jesús, estás en medio, los pequeños de la tierra estarán en medio y no en las orillas. Ven, Señor, Jesús.*

¡FELIZ NAVIDAD! CIPE - diciembre 2011



Cipecar

www.cipecar.org